

La antología de textos responde a los siguientes rasgos:

- Son representativos, dando una idea completa de su filosofía.
- Están dispuestos en un orden que se ajusta al seguido en la exposición de la primera parte.
- Se incluyen junto a cada uno de ellos referencias a otros textos paralelos.

Desde esta doble fidelidad al método hermenéutico y a los textos van surgiendo interrogantes, dificultades y elementos polémicos que avivan la meditación. Porque bajo el registro inmediato del contenido completo y fiel al pensamiento de Spinoza, existe un segundo registro que estimula la reflexión entreverando el relato expositivo con nuevas cuestiones y sugerencias.

Aquí, en este juego que dobla la lectura del libro, es donde asoma el A. Domínguez atraído poderosamente por el filósofo Spinoza. Movido por él arriesga una interpretación siguiendo el método hermenéutico que este autor había teorizado en el TTP.

Por último, una evaluación: La monografía Spinoza se inscribe en ese número de cosas «praeclara» que, siguiendo el aforismo platónico citado por Spinoza, «tam difficilia quam rara sunt».

María Luisa DE LA CÁMARA

ESPINOSA RUBIO, Luciano. *Spinoza: naturaleza y ecosistema*. Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 1995, 284 pp.

Hacer una investigación sobre la obra de Spinoza es una tarea doblemente peculiar. Por una parte, entraña la dificultad propia del intento de diálogo con cualquier gran filósofo del pasado. Pero hay una dificultad mucho mayor, exclusiva del acercamiento a Spinoza y al spinozismo en general. Fue Jacobi quien la formuló del modo más radical para su tiempo al afirmar que Spinoza es el prototipo del filósofo que se guía sólo por la razón, pero está abocado al panteísmo y en definitiva al ateísmo. Jacobi no se resignó y afirmó la fe en lo incondicionado, que es para él ante todo la fe en el Dios vivo, creador del mundo y completamente distinto de él. A su modo esto representa un intento explícito de cobijarse en el pasado. El pensamiento filosófico, sin embargo, siguió su camino y Spinoza se convirtió en pieza fundamental del futuro, de forma consciente o inconsciente. En ninguna concepción filosófica se ha fundamentado con éxito desde entonces la trascendencia de Dios desde un punto de vista teórico y racional. En este sentido, el spinozismo ha pasado a ser un ingrediente de la filosofía, no por azar ni arbitrariamente, sino porque sacaba las consecuencias de lo que implica una visión elementalmente científica de la naturaleza, incompatible con las formas tradicionales de concebir a Dios y de practicar la religión. Hoy sabemos que la crítica de Spinoza es compatible con la religión como tal; al igual que su concepción paradójica de la libertad desde la necesidad interna es la que mejor se corresponde con el proceso histórico. Pero tanto el concepto de Dios como el concepto de libertad expresan a su vez otra cuestión de fondo. La filosofía de Spinoza es la más exigente porque nos sitúa de lleno ante la sima que se abre entre el modo como el mundo se presenta de forma inmediata ante la sensibilidad y la imaginación y el modo como se nos va descubriendo ante la razón; y porque además postula una vida exclusivamente conforme a los postulados de la razón. De este modo la lucidez que supone atenerse a la verdad y vivir de conformidad con ella coexiste con el hecho de que, debido al peso que en nosotros tiene la imaginación, vivi-

mos en un mundo de apariencias. Los esfuerzos de Spinoza por aclarar una situación tan paradójica y enmarañada y por descifrar enigma tras enigma son una cantera importantísima para la reflexión filosófica. Nada extraño que sea uno de los autores sobre los que más se escribe en esta época, tan contradictoria como necesitada de orientación.

El autor de esta monografía que me honro en presentar es consciente de la gravedad que comporta acercarse a su obra. Sin tematizarlo explícitamente, ha trazado un arco hermenéutico audaz y arriesgado a la vez. El título *Spinoza: naturaleza y ecosistema* alude a dos cosas que por de pronto se antojan muy diferentes. Como es bien sabido, «naturaleza» es un concepto central en Spinoza, «ecosistema» en cambio se refiere de entrada a temas que nos ocupan y preocupan hoy. Pudiera entonces pensarse que este joven investigador cae en la tentación de ofrecer una de esas interpretaciones que se dicen actuales, pero que no aportan más que trivialidades. Nada más lejos de la realidad. De principio a fin tenemos que ver con Spinoza, con un sinnúmero de citas de sus obras, pensadas y maduras todas ellas, aducidas así con espontaneidad y a la vez con justeza para ir tejiendo un entramado de reflexiones que tienen su fuente en Spinoza, pero que al mismo tiempo tienen como horizonte el que corresponde a nuestra situación. Spinoza es interpelado, puesto en escena y representado desde un gran interrogante, que es del autor, pero que a su vez ha ido brotando y configurándose desde una asidua lectura del propio Spinoza. Tiene así lugar eso que Gadamer ha considerado como clave fundamental de toda hermenéutica, la «fusión de horizontes». O si se prefiere, volviendo a la imagen antes aludida, el autor tensa el arco al máximo. Por eso abarca tanto y al mismo tiempo eso que abarca aparece centrado en un único punto.

«La perspectiva sólo puede ser humana ... todo adquiere sentido ... a la postre humano» (p. 20). Afirmarlo así es tanto más necesario cuanto que el fondo es ese conjunto de definiciones, axiomas, proposiciones, escolios..., expuesto con rigor geométrico y por consiguiente abstracto, ajeno presuntamente al interés humano y, en todo caso, decididamente opuesto a cualquier suerte de antropomorfismo. Pero el título de la gran obra es *Ética*, que tiene, se nos recuerda, parecido significado etimológico que «ecología» (p. 21). Toda la exposición va a ir trenzada en un permanente viaje de ida y vuelta. De ida hacia lo fundamental, que es ineludiblemente abstracto y lejano: causa sui, sustancia, atributos, modos infinitos y finitos...; de vuelta hacia lo próximo e inmediato: afectos, impulsos, deseos, imaginación, razón, libertad... Pero ni se pierde aquello ni se transfigura esto. Ambas cosas quedan fundidas en una sola. Desde el «paradigma de la complejidad» o ecosistémico se avista una nueva posibilidad de leer a Spinoza, distante y a medio camino entre «el holismo organicista y el atomismo mecanicista» (p. 22), aprendiendo a «pensar simultáneamente lo que parece ajeno y aun antagónico» (p. 23). La noción de ecosistema no solamente posibilita esto, sino que exige además que se tenga en cuenta la conexión de «biografía y pensamiento» (p. 25 n). Por una parte Spinoza es consciente de que su época pide un pensamiento atemporal, que en sus distintas manifestaciones y elementos tiende a un «estilo de vida unificado» (p. 29). Pero tiene también en cuenta que esa situación genera crisis y enfrentamientos que traen consigo actitudes dogmáticas de diferente signo, que obstaculizan el desenvolvimiento de la vida. No es pues la situación objetiva sin más, que de suyo sólo nos ofrece estas o aquellas posibilidades, sino «el ethos de la personalidad», el que es capaz de ver y asumir «la vida en expansión» (p. 35), justamente en cuanto que se sabe y se reconoce como «parte de la Naturaleza o Dios» (p. 41). Esta verdad nos la descubre el pensamiento sin duda, pero sólo la propia vida la puede asimilar y hacer efectiva. Es así como se cierra el círculo. La naturaleza es «un todo unitario, inabarcable y abierto» (p. 48), pero el éxito progresivo de su «ardua intelección» (p. 47) es posible en la medida en que, dis-

tanciándonos de la naturaleza humana en una actitud de franca neutralidad (p. 45), la convertimos en objeto de observación. No es posible conocer la Naturaleza si no se conoce la naturaleza humana, y ésta no se nos hace patente si no se nos hace presente aquélla.

De tal planteamiento deriva esta interpretación una serie de consecuencias, aunque también se puede decir que el planteamiento es un extracto de lo que se ve en la realidad misma. En el primer capítulo, titulado «Discurso macrológico: la naturaleza de Dios», el autor, que hace gala de conocer a fondo el significado de las definiciones y axiomas con que comienza la *Ética*, ve en todo el despliegue de la primera parte de esa obra cosas que no es común tener en cuenta, como «el afán de transparencia» (p. 52), «las muchas dimensiones esenciales en términos cualitativos» (p. 63) al lado de la unicidad de la sustancia, la conexión intrínseca de lo singular y lo absoluto, en lo cual se concreta un aspecto más general, cual es el de la «unidad de lo múltiple y multiplicidad en lo uno» (p. 64). En consecuencia, a Dios se le verá como algo esencialmente próximo, «al servicio de la autonomía de los seres finitos» (p. 78) incluso. De especial importancia y singularmente lograda además es la exposición acerca del carácter activo de la naturaleza, considerado no de forma general ni tampoco por referencia a lo infinito como tal, sino de un modo concreto que tiene en cuenta la fusión de lo uno y lo múltiple, y ve las cosas particulares como «sujetos de una potencia esencial» (p. 86). Esto no simplemente se afirma, sino que aparece como fruto de la consideración de una serie de conceptos que constituyen el entramado de la realidad misma. La potencia se hace presente en todo y lo es todo, en especial la forma de ser del pensamiento humano. Esa radicación del pensamiento en la naturaleza misma posibilita una solución al problema de la cultura (cf. p. 99). El autor de esta monografía, a la vez que resalta el antifinalismo spinozano, incompatible con la parcelación cualitativa de lo real, hace ver de modo coherente «la sustantividad de los seres y las cosas» (p. 108), lo que implica, frente al acosmismo que a veces se ha creído ver en Spinoza, que cada cosa es «un todo por sí misma» (p. 109). El carácter constitutivo, a la vez que concreto y no unilateral, del poder permite ver el sentido radical de la acción humana: «las cosas humanas dependen de lo que hagamos» (p. 112).

El título del segundo capítulo, «Discurso microfísico: individuo y ecosistema», cobra así pleno sentido. Una de las cuestiones de más difícil interpretación en el sistema de Spinoza es el significado de los modos infinitos y más concretamente del entendimiento infinito, debido a los problemas con que el propio filósofo se encontró al querer «insertar la subjetividad del hombre en la objetividad del conjunto» (p. 129), pero aquí encuentra sin embargo un razonable acomodo. El entendimiento infinito «conforma una suerte de ecosistema inteligible para el empeño cognoscitivo del hombre» (p. 130). Además de situar «el terreno contingente de la aventura genuinamente humana» (p. 136), de poner de relieve el «carácter psicofisiológico» (p. 139), la flexibilidad y complejidad de lo humano en general, se formula, con la fundamentación y explicitación correspondientes, algo que muy bien se puede considerar como nuclear: «Es la mediación del mundo, la condición intrínsecamente relacional del sujeto la que prima: no hay facultades mentales absolutas, sino actos particulares y continuos de auto-eco-constitución» (p. 150). Es esa condición del sujeto, coherente con su esencial flexibilidad y complejidad, la que de forma harto justificada lleva al autor a introducir la noción de ecosistema (cf. p. 162), que da cuenta por igual tanto de la unidad como de la descentralización.

La tercera parte titulada sencilla y escuetamente «La naturaleza humana» es fruto de las dos anteriores, y a la vez la dimensión desde la que aquéllas cobran sentido. Afectos, conatus y deseos, la imaginación y la razón, que muy acertadamente se denominan «la vida imaginativa y sus afectos» y «la vida racional y sus afectos». Todo ello aparece integrado

en una unidad plena en sí misma y en cada una de sus partes, que representa sobre todo el afán de lograr la difícil pero «completa transparencia e integración de sujeto y realidad» (p. 171). El carácter riguroso y profundo de este libro no impide que se lea de principio a fin con interés, con fruición incluso. Tiene que ver con ello el hecho de que estamos ante una investigación muy pensada en sus distintos apartados y aspectos, amplia y sobriamente documentada, muy equilibrada en sus partes y en la extensión que se dedica a cada una, sistemática por su estricta coherencia y flexible por los múltiples matices que en ella tienen cabida, dotada de un hilo conductor claro en torno al cual se van tejiendo pausadamente los elementos de que consta. La presentación tipográfica, pese a alguna que otra errata, es buena y la fotografía de portada tan ingeniosa como sugerente. Un buen libro, un libro excelente. El Seminario Spinoza se sentirá, supongo, satisfecho con esta contribución y el autor, espero, estimulado a seguir aportando nuevos aspectos al ya rico caudal de conocimientos sobre el gran filósofo judío, que es tan nuestro por cierto. Me atrevería a sugerir al autor que algún día nos aclare el significado preciso de la inmanencia, que dista mucho de ser obvio y evidente. Y sería de desear que desde la perspectiva ya lograda aborde una nueva investigación sobre el significado y sentido de las ocho definiciones con que comienza la Ética. Será conveniente volver a tratarlas una y otra vez, sobre todo cuando, como en este caso, se ha abierto camino un punto de vista que, además de lo que de hecho aporta, es tan prometedora.

Mariano ÁLVAREZ GÓMEZ

MACHEREY, Pierre. *Introduction à l'Éthique*. Paris, P.U.F, 1994, 230 pág.

P. Macherey, uno de los mejores conocedores de la obra de Spinoza dentro del marco intelectual francés, nos presenta en este volumen una introducción a la Ética que, como él mismo explica, no es un resumen sino una aproximación a la misma. Introducción a la Ética de Spinoza es el primero de los cinco volúmenes que este filósofo ha dedicados a cada una de las partes del sistema construido por este pensador holandés del XVII. El carácter introductorio o aproximativo de esta obra no impide al lector el acceso a los problemas más agudos de los engranajes que configuran la Ética.

La presentación que abre el comentario compromete al lector en la labor constructiva y activa de la comprensión del texto, ya que dentro de este extraño laberinto «cada cual deberá correr los riesgos de una lectura del texto». Por otra parte, el texto presenta un riesgo específico ya que «el contenido de sus articulaciones no es meramente especulativo». Lejos de una abstracta teoría general de la realidad, lo que Spinoza nos ofrece es un acceso a la lógica interna de esta última.

La primera pregunta que suscita esta cuidadosa lectura de la Ética no podía ser otra, sobre todo si consideramos el especial papel que el orden juega dentro de este peculiar sistema, a saber: ¿por qué comenzar con la V parte precisamente? «Justamente para disipar la ilusión de un comienzo absoluto que evoque espontáneamente el esquema de una especie de creatio ex nihilo y además porque la linealidad del razonamiento seguido por Spinoza en la Ética no es más que aparente. Tras su examen, este razonamiento parece efectuarse como un movimiento en espiral, que traza círculos concéntricos alrededor de su contenido especulativo, tensado tendencialmente hacia una comprensión máxima de sus apuestas racionales teóricas y prácticas».

La «ética» propiamente dicha se desarrolla en esta V parte *De libertate* ya que el orden ético está constituido por la potencia y la libertad en un punto de tensión extrema donde